

## *Los sujetos sociales en el debate teórico*

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO\*

### INTRODUCCIÓN

En los países desarrollados y también en América Latina en la década de los ochenta, ha renacido el debate acerca de los sujetos sociales; en los países del norte, vinculado al surgimiento de los nuevos movimientos sociales y a la crisis del marxismo; en América Latina, también relacionado con la crisis del marxismo en esta región y en particular con el paso de las teorías de la dependencia a las de la transición democrática. Este tránsito no es un simple cambio de temática, sino del paradigma dominante (del marxismo en las teorías de la dependencia, al pluralismo en teoría política, e incluso a la posmodernidad). Aunque no haya un solo paradigma alternativo al marxista en estos momentos en América Latina, hay consenso entre los teóricos de la transición democrática, acerca de la inexistencia de un factor central articulador de los cambios de América Latina; también en la negación de la pertinencia teórica del concepto de clase social; y, en particular, con respecto a sujetos sociales en su carácter fragmentario y su incapacidad hegemónica, e incluso transformadora, más allá de sus localismos. Hay en estas perspectivas una "sociología del no futuro", de la desesperanza que ha encontrado apoyo teórico en la posmodernidad, pero -sobre todo- en la realidad de una década perdida en América Latina.

En el debate internacional hay un conjunto de conceptos en cuestión: clase social, sujeto, movimiento social. No

\* Doctor en sociología, investigador de la UAM-Iztapalapa.

pueden ser equivalentes, y las posiciones se dividen entre quienes los independizan y aquellos que tratan de vincularlos. ¿A qué remite el concepto de sujeto? En última instancia, a la acción colectiva real o potencial, pero no a cualquier tipo de acción colectiva. Tampoco es fácil atribuir a los sujetos sociales solamente acciones colectivas racionales con respecto a fines o valores. Algunos incluso creen que la acción colectiva no es racional. Asimismo, es fácil confundir sujeto social con movimiento social. Depende del punto de vista metodológico; si lo concreto es lo empírico, luego sólo existe el movimiento social y es igual al sujeto; si lo no concreto es síntesis de múltiples determinaciones, de las más abstractas hasta las más concretas, luego, no necesariamente el concepto de sujeto se debe confundir con el de movimiento y ser aquél, posiblemente, un nivel de abstracción de lo real que se puede concretar en movimiento gracias a otras determinantes.

Por otra parte, muchos aceptan que el concepto de sujeto debe implicar la constitución de una identidad colectiva. Sin embargo, *identidad* puede no ser suficiente para abarcar el complejo concepto de subjetividad colectiva. Puede destacarse no sólo la identidad en general, sino -en particular- la identidad de proyecto y de idea de futuro, de imaginario colectivo.<sup>1</sup>

Parte importante de la polémica es la relación entre subjetividad (identidad para algunos) y estructura. Las respuestas lineales que asocian una estructura con una subjetividad son insatisfactorias; cabe problematizar la relación, antes de independizar totalmente identidad, de estructura. ¿Qué se entiende por estructura? Evidentemente, para las ciencias sociales del siglo XX, el concepto de estructura no puede entenderse solamente como la infraestructura económica del viejo marxismo (relaciones de producción y de propiedad). La infraestructura económica ha revelado niveles nue-

<sup>1</sup> Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983.

vos, como las situaciones en los procesos de trabajo, que analizan las sociologías del trabajo. Otro tanto podríamos decir de las situaciones en los mercados de trabajo, en la esfera del consumo o de la reproducción de la fuerza de trabajo. Además, es pertinente hablar de una estructura cultural, o bien del discurso, o de la personalidad, como algo que se sobrepone al sujeto individual y lo enmarca en ciertos parámetros que no dependen de su voluntad. Ante esta posible problematización del concepto de estructura, cabe replantearse si esas estructuras complejas, no reducidas a las situaciones en la infraestructura económica, nada tendrían que ver con la constitución de sujetos, en particular, con su subjetividad.

Incluso, cabe problematizar el propio concepto de subjetividad. Ésta no puede reducirse a lo arbitrario frente a lo estructurado. La subjetividad puede poseer estructuras parciales, junto a cierta heterogeneidad, además de una plasticidad y un funcionamiento posiblemente algorítmico, lo que engarza con la idea de subjetividad como construcción de sentido.

Todo esto se vincula con la relación entre clase social y sujeto. Hubo quienes llegaron a identificarles; el concepto de clase social se volvió infra y superestructural y era tan concreto, que se les igualaba. Este camino, rico en lo abstracto, en lo práctico se volvió reductivo: la clase obrera era de inmediato un sujeto. De esta manera, no era posible explicar sus comportamientos colectivos diferenciados (los flujos y reflujos del movimiento obrero, su adhesión a ideologías contradictorias, etcétera). ¿Por qué no dejar al concepto de clase social en un nivel de abstracción como concepto de mediación entre ésta y el movimiento concreto al propio concepto de sujeto?

Asimismo, la problemática de los sujetos no siempre pasa por la discusión acerca de las clases sociales (en el caso de los sujetos obreros es pertinente la pregunta de la relación obreros), es la situación de los llamados nuevos movimien-

↓ ?

tos sociales. ¿Hay, por tanto, sujetos clasistas y otros que no lo son? Cuando hablamos de sujetos no clasistas, con ello no anulamos de inmediato toda referencia a estructuras, puesto que, como explicábamos, estructura no necesariamente tiene que remitir a relaciones de producción.

Finalmente, el concepto de hegemonía ha sido muy cuestionado por la posmodernidad del norte (advenimiento de la sociedad posindustrial, sociedad de la fragmentación) y los posmodernos de la pobreza, los del sur (fragmentación de la miseria y de la marginalidad). El enemigo de estas posiciones es el marxismo, que identificó en muchos momentos sujeto con clase obrera y le adjudicó una hegemonía con respecto a otros sujetos *a priori*. Ciertamente, el panorama empírico internacional es de no hegemonías de sujetos (los bloques históricos de Gramsci), con visiones hegemónicas del mundo, clasistas o no (el cartismo en Inglaterra que conformó un movimiento hegemónico en un contexto de pobreza y marginalidad de parte importante de la población; en los inicios de la sociedad posindustrial, los estudiantes parecieron tener esta capacidad de aglutinamiento de sujetos en torno a su proyecto cultural). Aunque en los países desarrollados no todos se han refugiado en su individualidad y en el hedonismo, hay nuevos movimientos sociales. En otras palabras, el concepto de hegemonía, despojado de connotaciones metafísicas, más que desechado, debería ser problematizado a la luz de las nuevas realidades del Primer y Tercer Mundos.

*Los orígenes del problema: el sujeto  
histórico en el marxismo*

En el marxismo clásico la clase obrera aparece como privilegiada para encabezar en el futuro la lucha anticapitalista y construir una nueva sociedad. Esta consideración se desprende de la propia concepción del marxismo sobre la realidad:

- a) Realidad articulada en su totalidad con centro en los procesos de la infraestructura económica.
- b) La centralidad de la categoría trabajo en la sociedad capitalista. Según Marx, a través del trabajo, el hombre transforma la realidad y se transforma a sí mismo. La centralidad de la clase obrera se deriva por estar en el foco de las contradicciones del capitalismo, por un lado: sujeto por excelencia de la explotación capitalista en sentido estricto y de la alienación del trabajo. Por otro lado, al ser la única clase en el capitalismo, con capacidades para construir una nueva sociedad por su ubicación en los procesos productivos. Estas ideas se complementan con la de que la historia es de la lucha de clases.

En el siglo XIX el problema de la centralidad de la clase obrera no era sólo un problema teórico, tenía una constatación sociológica: proceso acelerado de proletarización en Europa y Estados Unidos. En torno a la clase obrera se organizaban grandes movimientos sociales y políticos; la "cuestión social" se caracterizaba por miseria material y de condiciones de trabajo, exclusión cultural y política de los trabajadores, revoluciones periódicas ("los trabajadores tienen otras relaciones familiares, lo nacional no tiene sentido, su entendimiento de la moral, de las leyes y la religión es diferente", decía Marx acerca del proletariado europeo).

Las condiciones han cambiado sin duda alguna. La fábrica ya no es el único centro de la vida obrera, como en las descripciones de Engels en las que había una continuidad entre tugurio obrero y fábrica. Los espacios de la experiencia obrera se han desconcentrado y algunos de ellos desclasado.<sup>2</sup> Ya no hay un consumo propio, un ocio o una vivienda exclusivamente de los obreros. Sin embargo, el "trabajo", sociológicamente hablando, no queda eliminado como uno de los espacios importantes de experiencia y por tanto, de

<sup>2</sup> Clause Offe, "Lavoro come categoria sociologica centrale", *Stato e mercato*, n. 21, Il Mulino, diciembre 1987, pp. 17-46.

socialidad y de construcción de subjetividades. Ahora la existencia obrera se desenvuelve en espacios no integrados.

*De la clase en sí a la para sí.* En torno a estos conceptos está el problema de la constitución de una clase, en sujeto histórico. Del salto de la situación estructural al movimiento obrero revolucionario; éste ha sido una de las grandes trampas del marxismo.<sup>3</sup> Primero el determinismo, que se presenta en el mismo Marx (no intentamos ningún juicio sumario sobre Marx, pensador complejo que admite diversas lecturas, simplemente señalar que puede dar origen a una lectura estructuralista):

No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como meta, se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer con arreglo a ese ser suyo: su meta y su acción histórica se hallan llana e irrevocablemente predeterminados por su propia situación de vida y por toda la situación burguesa actual.<sup>4</sup>

Este pasaje filosófico es hegeliano: el proletariado ha sustituido a la idea absoluta. Es de un gran determinismo estructural; el proletariado, lo quiera o no, tendrá que cumplir una misión histórica determinada por su situación estructural. Sin embargo, el concepto ambiguo de "situación de vida" puede aceptar dos interpretaciones: una economicista, en tanto la esencia de una situación de vida es la ubicación en relaciones de producción; la otra, más rica, en donde la situación de vida implica a la propia subjetividad de los trabajadores. Esta subjetividad, si se le ve como epifenómeno de la estructura, se cae en la primera posición; si no es así, no se comprende cómo afirmar que el proletariado ten-

<sup>3</sup> Carlos Marx, *El manifiesto comunista*, México, Roca, 1972.

<sup>4</sup> Carlos Marx y Federico Engels, *La sagrada familia*, La Habana, Editora Política, 1965, p. 348.

drá que asumir esta tarea históricamente necesaria. Cuando se pasa del hegelianismo a la sociología de una clase, aparecen conceptos como heterogeneidad y sujeto, y sobre la generación de este sujeto. Creer que se genera sólo por la situación de explotación o de alienación es insostenible, aunque también podría contradecirse a quien afirme que esto no tiene que ver con los sujetos obreros.

La respuesta marxista del tránsito de la clase *en sí* a la clase *para sí*, por medio de la adquisición de una conciencia de clase, cuando se añade a la idea metafísica de misión histórica, se completa con la tesis leninista de la conciencia de clase que llega desde fuera. El problema, como vimos, comienza con la idea de misión histórica necesaria, pero se continúa con la de conciencia de clase. Ésta es entendida como una correspondencia entre situación estructural y conciencia. ¿Qué significa que se correspondan? ¿Cuáles son los criterios de correspondencia? Si éstos los fija la teoría, a *priori* de la acción obrera, luego se deduce el papel de los intelectuales leninistas encargados de llevar la conciencia desde fuera; pero si conciencia de clase es identidad colectiva, identificación de un enemigo concreto, proyecto de alternancia en la dominación, entonces se le quita el carácter metafísico y se vuelve un concepto histórico variable pero determinado por factores que van más allá de los partidos.

*La conciencia que llega desde fuera.* El concepto leninista de partido encuentra fundamento teórico en las anteriores consideraciones de Marx.<sup>5</sup> La conciencia llega desde fuera al proletariado, busca que coincidan estructura y conciencia. Sociológicamente, el proletariado era incapaz de alcanzar niveles de abstracción como los que suponen el dominio de la teoría marxista a profundidad, los encargados de sistematizar esta conciencia son los intelectuales partidarios. Un supuesto adicional es que el marxismo es la cien-

<sup>5</sup> Estos juicios no coinciden con aquellos que creen que el marxismo teórico en su conjunto ha muerto, sino con la idea de ciertas lecturas de Marx que sí se han agotado.

cia de la historia, capaz de predecir los grandes cambios históricos o caracterizar toda una etapa presente.<sup>6</sup>

Las concepciones que exudan iluminismo; son el trasfondo de la misión histórica y el papel de los intelectuales. Suponen que el proceso histórico puede ser racional y predecible, como en las ciencias naturales, a través de las "leyes de la historia". También implican una reducción de la subjetividad a la "conciencia de clase" como correspondencia, o en todo caso, a la otra subjetividad se le ve como falsa conciencia. En esto hay una profunda ignorancia de la relación entre ideología (como conciencia de clase sistemática), con los otros estratos de la subjetividad: los fenómenos de asimilación, de heterogeneidad, de plasticidad, de acomodamiento; los campos de la subjetividad culturales, discursivos, de la personalidad, etcétera; de cómo esta subjetividad se transforma en el propio movimiento práctico no sólo por el influjo de las ideologías que llegan desde fuera, de los fenómenos de resemantización de los nuevos discursos en función de lo viejo en transformación, etcétera.

A este científicismo iluminista y determinismo estructural, se puede oponer otra concepción del propio Marx, la del sujeto-objeto, la de clase obrera como sujeto-objeto e intelectuales con determinaciones de sus interpretaciones en una sociología del conocimiento. Esto es, ver al objeto como tal y no como actividad sensorial humana es un error del antiguo materialismo, el no verlo como práctica, no de un modo subjetivo, pues hay una relación dialéctica entre circunstancias y actividad.<sup>7</sup> Pero no fue esta concepción la que predominó en el siglo xx.

En síntesis, el concepto de sujeto histórico en el marxismo se ha visto apuntalado durante más de 100 años por la existencia de los movimientos obreros, que sumados, constituyen el más importante y persistente movimiento social

<sup>6</sup> Véase V. J. Lenin, "¿Qué hacer?", *Obras escogidas* (12 tomos), t. II, p. 112 y *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Moscú, Progreso, 1968, p. 59.

<sup>7</sup> Carlos Marx, "Tesis sobre Feuerbach", *Obras escogidas*, tomos I y II, Moscú, Lenguas Extranjeras, p. 426.

de este siglo. Ningún otro movimiento ha tenido sus capacidades de transformación de la sociedad, aunque los resultados hayan desbordado las posibilidades de predicción de la teoría marxista: por un lado, la constitución de los *Estados sociales*; por otro, los *socialismos reales*, ambos en desmantelamiento.

El capitalismo de la tercera revolución tecnológica y los derrumbes del socialismo real, obligan a un alto en la reflexión sobre sujetos: el análisis marxista de la explotación económica no ha sido refutado, y las transformaciones económicas del capitalismo no lo cuestionan. El problema desde el punto de vista de los sujetos obreros es si puede haber centralidades o no en sentido sociológico y la constitución de sujetos del trabajo; si la transformación ocupacional de la clase obrera mueve a su identificación o a su separación y fragmentación; y finalmente, aunque se reconozca que los movimientos obreros no han llegado a su fin, sí tienen capacidades hegemónicas que en otros tiempos demostraron, ante los nuevos movimientos sociales.

Para el marxismo se abre una pregunta fundamental: ¿si poseyó alguna vez una teoría de la acción, de cómo la clase obrera se convierte en movimientos obreros? Cabría dudarlo, si tomamos en cuenta el predominio a través del "marxismo-leninismo" de las versiones positivistas y estructuralistas (todo lo explicado anteriormente con respecto a la conciencia de clase y a la clase en sí).

*El obrerismo italiano y la  
crítica al positivismo marxista*

Las críticas al positivismo del "marxismo-leninismo" se dieron tempranamente por parte de Rosa Luxemburgo, Gramsci, Korsch más tarde por la Escuela de Francfort.<sup>8</sup> En especial Gramsci acuñó una serie de conceptos con los

<sup>8</sup> A. Gramsci, "L'ordine Nuovo", 25 de septiembre de 1921.

que buscó ir mucho más allá de la idea de conciencia de clase: "voluntad objetiva" no es igual a conciencia de clase. Gramsci desglosa dentro del campo primitivo de la conciencia marxista, el de la voluntad, no como simple conocimiento, sino como disposición a la acción. Por otra parte, la voluntad es objetiva no porque se corresponda a una estructura o a un verdadero ser, sino porque es *viable* en el contexto económico y de relación de fuerzas de la coyuntura. La función del partido no desaparece, pero queda también determinado histórica y culturalmente inmerso en un posible bloque histórico que apunta a un rico concepto de hegemonía, no como simple predominio maquiavélico, sino como capacidad intelectual y moral de dirección reconocida, y no autoadjudicada por los marxistas a través de una supuesta superioridad teórica.

Korsch también critica al marxismo naturalista de la tercera internacional, y plantea el error de considerar al marxismo simplemente como un sistema científico y no como una concepción del mundo (que incluye valores, conceptos metateóricos) en relación inmediata con la lucha de clases; critica el papel del partido por tratar de llevar ese saber a la masa y hacer coincidir la conciencia como saber, con la situación material del proletariado. Condena esta escisión positivista entre conciencia y ser, y considera que la praxis no sólo depende de la conciencia de clase, ni mucho menos de una conciencia separada de los sujetos-objeto.<sup>9</sup>

En el obrerismo italiano de la década de los sesenta se recogen algunas de estas inquietudes. En especial dos: la relación entre clase y sujeto, y el papel de la ciencia y los intelectuales en la generación de la acción colectiva.<sup>10</sup>

Mallet es el primero en poner el dedo en la llaga. La clase obrera para él no puede ser considerada simple y llanamente homogénea, sólo por ser explotada por el capital. El

<sup>9</sup> Karl Korsch, *Marxismo y filosofía*, México, Era, 1970.

<sup>10</sup> Enrique de la Garza, "La herencia de Raniero Panzieri", *Un paradigma para el análisis de la clase obrera*, México, UAM-I, 1989, pp. 51-78.

movimiento obrero había sufrido un gran cisma y se dividió entre socialdemocracia y comunismo. Interpretar las lealtades obreras diferenciadas como un problema de falsas y verdaderas conciencias, era insostenible a la luz de las investigaciones de la época sobre la conciencia obrera. La heterogeneidad de la clase obrera, para Mallet, se inicia en los procesos de trabajo, lo que abre para el marxismo, la complejidad de la noción de estructura económica.

Los continuadores de Mallet en los *Quaderni Rossi* acuñan finalmente el concepto de *composición de clase* y de *figura* o *sujeto-obrero*; éstos son conceptos de mediación entre clase obrera y movimiento obrero concreto. La pretensión es descubrir el secreto de las orientaciones colectivas diferenciadas, sin reducirlas a términos de falsas o verdaderas conciencias, ni mucho menos a la actividad partidaria. La composición de clase fue concebida en una dimensión en técnica (referida a los procesos de trabajo), social (lo que el obrero transporta de la sociedad a la fábrica), y política (vinculada a formas de lucha, de organización, a las demandas). Asimismo, se trató de profundizar en el concepto de sujeto-obrero hegemónico (diferente a clase obrera hegemónica *a priori*), culminando en una periodización nueva del capitalismo a partir de sujetos-obreros hegemónicos.

Los intentos de esta corriente de revisar y profundizar al marxismo dominante, abortaron al volver al leninismo y en particular, con el concepto de obrero social de Negri. Éste, con una presentación aparentemente sociológica es hegeliano: en el capitalismo actual la lógica del capital abarca prácticamente todos los espacios, no sólo los inmediatamente productivos, por tanto, la contradicción capital/trabajo se ha universalizado en la práctica y es sufrida de manera inmediata por casi toda la población. Por consiguiente, conceptos propios a la clase obrera como los de generación de plusvalía, son ahora universales. La clase obrera universal es una realidad concreta.

Desaparece la idea rica y original obrerista de heterogeneidad (como intento de pasar el marxismo de filosofía social a sociología) y el obrero-masa encarna al sujeto universal; es la clase obrera universal de manera inmediata. Esta forma de razonar ha sido infructuosa para explicar los nuevos movimientos sociales, las diferencias y distancias que guardan en relación con el movimiento obrero.<sup>11</sup>

Las insuficiencias y tentaciones del concepto de composición de clase son ahora evidentes. En primer lugar, no pasaron de ser dimensiones sugerentes a considerar entre los espacios que determinan la constitución de sujetos. Excepto la de composición técnica, con su concepto central de *descalificación* (control sobre el proceso de trabajo), las otras no fueron desarrolladas conceptualmente. La tentación vino por la apresurada creación de un modelo a través de una periodización de tipos sujetos hegemónicos (oficio, masa, social) y adjudicarlos a un periodo capitalista con todos sus atributos. Por ejemplo, en una fase de procesos tayloristas debería existir y predominar el obrero-masa, y su forma de lucha debería ser el paro loco, su forma de organización el sindicato de empresa, y sus demandas no estar diferenciadas por oficios. En este modelo se trastocó al obrerismo como teoría en el Tercer Mundo.

Por otro lado, la hermenéutica marxista, contenida en los últimos trabajos de Panzieri y sobre todo en el *modelo obrero* para el estudio de la salud de Oddone, no se llevó (excepto en este último caso) hasta sus últimas consecuencias.

El método de coinvestigación implica principios diferentes a las concepciones iluministas:<sup>12</sup> la acción no es totalmente predecible, y la coinvestigación no es el descubrimiento de lo que deben hacer los trabajadores, sino

<sup>11</sup> A. Negri, *Del obrero-masa al obrero social*, Madrid, Anagrama, 1989.

<sup>12</sup> *Movimiento obrero, sindicato, partidos: el obrerismo italiano*, Selección y traducción en Introducción de Enrique de la Garza y Horacio Vázquez, próximos a publicarse por la Universidad Veracruzana.

un parámetro más de esa acción. El sujeto-objeto quiso renacer, pero abortó entre el leninismo, el maximalismo y el voluntarismo de los sucesores de los primeros obreristas. La posibilidad de una exploración del complejo campo de la subjetividad desde el marxismo, quedó interrumpida.<sup>13</sup>

### *Sujetos y regulacionismo*

Las actuales teorías regulacionistas han intentado, más que una teoría del sujeto, la explicación de la crisis actual del capitalismo y una nueva periodización del mismo. Todo esto a través de conceptos como los de régimen de acumulación (relación estable entre consumo y acumulación a través de formas institucionales), y modo de regulación (procedimientos sociales e instancias que aseguren las modificaciones coyunturales de las normas de regulación).<sup>14</sup> Una de las teorías importantes en el origen del regulacionismo es el marxismo. Varios autores se han encargado también de señalar concepciones estructural-funcionalistas implícitas en el modelo,<sup>15</sup> aunque la lucha de clases es aceptada explícitamente. Los regulacionistas teóricos no han buscado vincular sus conceptos con la idea de sujeto. Sin embargo, en el plano nacional, algunos han pretendido un acoplamiento entre la periodización de modos de regulación y las ideas de Negri acerca de sujetos sociales (del obrero-masa al obrero social).<sup>16</sup> Para ello, se parte de supuestos como los siguientes:

<sup>13</sup> No desconocemos los aportes de otro marxismo en este campo: Escuela de Francfort, Freud marxismo, etcétera, pero éstos en general fueron despreciados y combatidos por el marxismo leninismo como idealismos.

<sup>14</sup> Mario Luis Pozos, "O proyecto teórico da escolada regulacao", *Novos Estudos*, São Paulo, Nori, julio 1988.

<sup>15</sup> Simón Darcke, "Overaccumulation, dass Struggle an the Regulation Approach", *Capital and class*, enero-marzo 1988, pp. 59-92.

<sup>16</sup> Estela Gutiérrez, *Testimonios de la crisis*, tomos I y II, México, Siglo XXI, 1985.

a) A cada régimen de acumulación corresponde un sujeto-obrero hegemónico. Esto porque a partir de las condiciones materiales que tipifican el proceso de acumulación del capital “se constituye la base objetiva de estructura obrera...” (p. 30).

b) Desde esas condiciones materiales, es posible explicar por qué un sector se moviliza, entender sus reivindicaciones políticas sindicales, que son “expresión directa de las contradicciones que se dan en el seno de la acumulación capitalista” (p. 30).

c) Un sujeto-obrero implica tres dimensiones:

- Un perfil obrero homogéneo desde el punto de vista del proceso de reproducción del capital;
- una estructura de reivindicaciones, y
- métodos de lucha.

Este intento de retomar las propuestas obreristas en cuanto al análisis de los sujetos sociales, ha quedado abortado ante la estrechez metodológica que en lugar de profundizar en esas tres dimensiones, las utiliza como si fuese un modelo (obrero-masa por ejemplo), con determinados atributos para verificar simplemente si éstos se encontraban en la clase obrera de un periodo en México. Nunca se demostró que a cada régimen de acumulación corresponde un sujeto hegemónico. Se retomó lo que otros han dicho del obrero taylorizado, con atributos de su relación salarial según el regulacionismo y se le llamó obrero-masa.

Las oscuridades obreristas sobre las composiciones sociales, políticas e incluso técnicas, no se intentaron esclarecer o, al menos, proponer nuevos conceptos. Sigue<sup>17</sup> sin resolverse la génesis de la subjetividad y es inaceptable que ésta quede reducida a indicadores como reivindicaciones y mé-

<sup>17</sup> Véase Enrique de la Garza, “El regulacionismo en México”, *Estudios Sociológicos*, n. 19, El Colegio de México, enero-abril de 1989.

todos de lucha (por qué no incluir ideología, forma de cognición, valores, carácter, etcétera). En esta tipología rudimentaria, por supuesto que quedan claras las relaciones entre rasgos de la composición de clase. También su "situacionismo" es sumamente grosero con respecto al proceso de trabajo. Su aplicación al caso de México es forzada.

### *El accionalismo*

No intentaremos un balance global de la obra de Touraine. Sólo destacaremos algunos elementos de la contradictoria relación de Touraine en su primera época, con el marxismo, como crítico y reconstructor de algunos de sus supuestos y categorías.

Una constante en la crítica de Touraine al marxismo clásico, aunque también al funcionalismo, es la relación entre situación y acción; desde el inicio de su obra plantea la pregunta de cómo el actor interioriza su situación acerca del sentido subjetivo de la acción.<sup>18</sup> En las primeras obras de Touraine (hasta la sociedad posindustrial) es evidente la centralidad de la categoría de trabajo. Ésta es el punto de partida "por ser la actividad donde los hombres toman conciencia histórica de sus obras y orientan sus conductas".<sup>19</sup>

Otro concepto retomado del marxismo es el de alienación. El concepto de sujeto histórico aparece en Touraine en este periodo, en oposición a clase obrera como sujeto. Aquel sujeto se caracteriza por una conciencia histórica (no por conciencia de clase), que actúa sobre la totalidad social con un proyecto, implica una identidad y el descubrimiento del opositor.

En oposición al concepto marxista de conciencia de clase, acuña el de *conciencia obrera*, que no es una con-

<sup>18</sup> Alain Touraine, *Sociología de la acción*, Barcelona, Ariel, 1969.

<sup>19</sup> Posteriormente romperá con esta idea.

ciencia empírica (en esto coincide con la conciencia de clase según Lukacs) y es la manifestación de un sujeto histórico. Aunque niega las periodizaciones y dice seguir el método de tipos ideales, es difícil resistir la tentación de pensar con Touraine sin periodizaciones. Así pasa con sus tipos de conciencia obrera: antigua, de oficio, profesional, económica y la nueva conciencia obrera. Las diferencias entre conciencias obreras son con base en su relación con el trabajo, aunque ligadas a un sistema histórico de acción y a un sistema de proyectos (no tanto de imágenes y representaciones). Pareciera que las tres últimas formas de conciencia obrera guardan relación con las fases de la evolución profesional: la fase A (predomina en el trabajo profesional y la habilidad obrera); la fase B (trabaja en serie y cadenas, trabajo directo parcelado, repetitivo); y la fase C (automatización, reagrupamiento de operaciones).<sup>20</sup>

A partir de la sociedad posindustrial hay un cambio en Touraine,<sup>21</sup> la alienación y ya no la explotación, es ahora la categoría central de la sociedad posindustrial; aparece un interés muy marcado por negar que la clase obrera pudiera ser sujeto hegemónico.<sup>22</sup> Sin embargo, en Touraine la ruptura entre clase social y actor, no es total. Cuando define movimiento social como la acción conflictual de agentes de clase que luchan por el control del sistema de acción histórico, hay un lugar para las clases.

No queda claro si Touraine quiere romper con el situacionismo y la metafísica de los sujetos en el marxismo-leninismo, y si lo logra cabalmente con su idea de conciencia obrera y de sujeto histórico o de historicidad. Además, tampoco explica con sus conceptos claramente la emergencia de una conciencia histórica, más bien nos ofrece una rica tipología de conceptos, que permiten describir a los sujetos,

<sup>20</sup> Alain Touraine, *La conciencia opera*, Roma, Franco Angeli, 1976.

<sup>21</sup> Alain Touraine, *La sociedad posindustrial*, Barcelona, Ariel, 1988.

<sup>22</sup> Alain Touraine, M. Wieworka y F. Dubet, *Il movimento operaio*, Milano, Franco Angeli, 1988.

sus conciencias y sus acercamientos a sujetos históricos o no, sin conformar una teoría propiamente, entendiendo como teoría un sistema conceptual con capacidad explicativa. Esto sucede cuando, por ejemplo, distingue acertadamente y con una riqueza que el marxismo no ha tenido, los niveles de satisfacción en el trabajo, el societal de interacción y actitudes en las relaciones sociales, y el de la historicidad. Son niveles que se antojan importantes a incluir en el análisis de constitución de sujetos históricos, pero no queda claro cómo se transita de uno a otro, cómo el último llega a opacar a los otros, o cómo los primeros influyen sobre el tercero.

El lector se queda con tipos y rasgos que a lo sumo le permiten decir si está uno frente a un sujeto histórico (si cumple con los atributos de totalidad, identidad y oposición), más que como éstos se generan. Además de los problemas de la separación tajante entre conciencia histórica y empírica.

### *Sujetos y movimientos sociales*

Los movimientos estudiantiles de las décadas de los sesenta y los setenta, con su capacidad de cuestionar al "sistema de acción histórico"; los nuevos movimientos sociales de la década de los ochenta, sin estas capacidades y, finalmente, la institucionalización del movimiento obrero y su decadencia en esta década ante la reestructuración productiva y de los pactos sociales, fueron la base de investigación y de una nueva reflexión sobre movimientos sociales. Más allá del marxismo en dificultades, la sociología volvió a preguntarse si había teorías de los movimientos sociales, o al menos de la acción colectiva y hubo que volver a los orígenes, a la acción social.<sup>23</sup>

Se encontraron dos posiciones, la individualista, para la cual el hombre persigue su beneficio individual y actúa mi-

<sup>23</sup> Varios autores, *I nuovi movimenti sociali*. Roma, Franco Angeli, 1988.

nimizando costos y maximizando beneficios;<sup>24</sup> y la dualista, para la cual en lo colectivo no entra el cálculo racional (Sighele, Le Bon, Escuela de Chicago, Moscovici, Smelser). Para Smelser la acción colectiva no está guiada por normas existentes, sino que surge para afrontar a lo indefinido o no estructurado; nace de la crisis de los órganos de control social o del desfase entre integración normativa y estructura. Sin embargo, algunas de estas perspectivas funcionalistas se desacreditaron con los movimientos de las décadas de los sesenta y los setenta y el advenimiento de la nueva izquierda.

La nueva izquierda y sus movimientos, sirvieron de base real a las dos principales corrientes en la actualidad sobre movimientos sociales. Una de origen estadounidense y la otra europea.

En la primera perspectiva, llamada de *movilización de recursos*, el grado de conflictividad varía cuando cambian los recursos (tiempo, dinero y otros). En los movimientos colectivos se combina la acción irracional del "sostenedor de conciencia" (irracional desde el punto de vista del cálculo de sus intereses) y la del "sostenedor por beneficio". Aunque se pretende una suerte de combinación de acción racional e irracional en los movimientos, el modelo es racionalista, puesto que a la solidaridad u objetivos solidarios se les maneja como recursos y resultados: la solidaridad es un recurso y se maximiza. No obstante, queda poco claro en este modelo el concepto de escasez de solidaridad, si hay una solidaridad suma cero, o si es posible comparar grados de solidaridad en escala de menos a más.

El segundo paradigma, el de la identidad, rechaza el primado de las contradicciones estructurales (o la escasez de recursos del primer paradigma), como determinantes de las identidades colectivas. Está en contra del neototalitarismo

<sup>24</sup> Olson Manar, *The logic of collective action*. Cambridge, Cambridge University Press, 1965.

del actor racional. Considera que en las acciones colectivas hay otra lógica. La formación de identidades puede ser el fin del movimiento colectivo; en él los individuos se convierten en otros. Un problema importante dentro de esta perspectiva es el de la construcción de la intencionalidad del acto colectivo.<sup>25</sup>

El avance analítico de esta perspectiva al interior de los movimientos es notable, aunque siga el dualismo entre estructura y acción. ¿No hay reconciliación posible?

Melucci ha intentado seriamente salir del dualismo entre estructura y voluntad.<sup>26</sup> Critica a Touraine por no explicar el paso del conflicto sistémico a la historicidad, y a la sociología de las organizaciones que no dan cuenta del sentido del movimiento. Afirma que sin un análisis de las relaciones de clase, las conductas colectivas se convierten en fenómenos emocionales, derivados del mal funcionamiento de los mecanismos de integración.<sup>27</sup> Es necesario, por tanto, combinar relaciones sistémicas con orientaciones voluntarias y verlos como sistemas de acción operando en un campo sistémico de posibilidades y límites.<sup>28</sup>

La identidad no tiene que esperar al movimiento; la sociedad altamente diferenciada produce y distribuye fuentes crecientes de individualización (capacidad de reconocer la acción propia como campo de identificación) y este proceso es sistémico. Hay que reconocer en este punto, que los sistemas complejos aseguran su integración controlando la capacidad de producir sentido; sin embargo, el movimiento de creación del actor colectivo no es simple consecuencia de tensiones estructurales, de disfunciones o de privaciones relativas. Los movimientos sociales tienen su raíz en la cotidianidad de la vida social y en las redes asociativas comunitarias y or-

<sup>25</sup> Tatiana Pipan, *Sciopero contro l'utente*. Roma, Bollati Boringhieni, 1988.

<sup>26</sup> A. Melucci, *Oltre codici*, Roma, Feltrinelli, 1982.

<sup>27</sup> A. Melucci, *Sistema político, partiti e movimenti sociali*, Roma, Feltrinelli, 1982.

<sup>28</sup> A. Melucci, "El desafío simbólico de los mitos sociales", Roma, 1986 (mimeo).

ganizativas, donde se forma la identidad social colectiva. En este proceso, la acción misma es una condición.

Viejas verdades, poco reconocidas; insatisfacciones ante los paradigmas racionalistas y de identidad. Estructura y subjetividad juegan de manera compleja para constituir identidades. El movimiento mismo es una condición; negación del nuevo estructuralismo pero también del voluntarismo, a la vez, largo camino conceptual y metodológico por recorrer.

### LOS SUJETOS EN LA TRADICIÓN MEXICANA

Lo más cercano a la problemática de sujetos que estamos tratando, han sido los estudios de movimientos obreros, campesinos, estudiantiles, urbano-populares, políticos y recientemente de empresarios, mujeres, ecologistas y homosexuales.

Los estudios tradicionales de movimientos obreros influyeron en un primer momento a la forma de estudiar otros movimientos. El estilo que ha predominado, ahora en decadencia, ha sido el estilo de crónica;<sup>29</sup> éste consiste en hacer el recuento de la dinámica del movimiento por periodos, describiendo básicamente las acciones colectivas y las posiciones de los dirigentes obreros, empresariales, partidarios y estatales. La pobreza teórica de estos estudios es muy grande, pues es difícil analizar cuál es el concepto de sujeto implícito en estas crónicas. En ellas nunca se cuestiona acerca de la relación entre estructura y movimiento, esto aparece diáfano: los conflictos en la estructura causan al movimiento (la explotación, la caída del salario real, el desempleo, principalmente).

Hay estudios que pretenden asociar al ciclo del movimiento obrero con puras variables estructurales; algunos han concluido que a mayor crecimiento económico mayor propensión a la huelga, aunque en periodos diferentes a los

<sup>29</sup> Enrique de la Garza, "Los estilos de investigación sobre la clase obrera en México", *Revista Mexicana de Sociología*, n. 4/88, octubre-diciembre de 1989.

estudiados sucediese lo contrario. Finalmente, quienes introducen más variables estructurales han concluido honestamente que intervienen de otras de tipo no cuantitativo, que determinan en gran medida la eficiencia de las estructurales. En la mayoría de estos estudios ni siquiera se profundiza en estas variables estructurales, simplemente, se presenta a la clase obrera explotada y dispuesta a tomar el cielo por asalto, si es que no intervienen "charros", Estado y dirigentes portadores de falsas conciencias. Para ellos, la clase obrera es depositaria de un destino histórico y hay un camino a seguir en la adquisición de la conciencia de clase. En esta concepción, la clase se iguala al sujeto y los movimientos concretos no son sino incidentes en su devenir necesario. Por ello, su problema principal es la relación entre sindicatos y Estado; sus casos preferidos, los de rebelión obrera contra direcciones sindicales oficiales, casi siempre derrotados; su periodo preferido, la década de los setenta con su insurgencia sindical, aunque por regresión, se haga también la historia de movimientos obreros, derrotados o no, de periodos anteriores. En estas historias se trata de demostrar insistentemente la no representatividad de los charros (y los ejemplos que se escogen tautológicamente lo demuestran) y una suerte de vocación democrática de los trabajadores. Sus fuentes preferidas son los periódicos.

En realidad, no hay una problematización acerca de cómo surgen los movimientos obreros. No se explica el antagonismo, como nivel supuestamente profundo, junto a lo circunstancial o anecdótico (una mala contratación, un aumento salarial insatisfactorio o un agravio personal); no hay ninguna reflexión que pretenda generalizar. No puede haber generalización si no hay conceptos y teoría, y ésta es la falla principal de estos estudios: la ausencia de conceptos teóricos con excepción del charrismo, entendido como dirección espuria, externa a la clase obrera, sostenida por la fuerza. No hay investigaciones de la vida interna de los sindicatos, de las relaciones (cuando no hay insurgencia)

entre charros y base de trabajadores. Ni una palabra acerca de las formas de la subjetividad obrera. Conceptos como los de creación de identidad, intencionalidad, estructura valorativa y resemantización, no pasan por el horizonte de esta pobre perspectiva. Su visión de historia es igualmente raquítica: reducida al accionar de los maquinistas de la locomotora de la historia, dirigentes y partidos. Afortunadamente, hemos reconocido la decadencia cuantitativa y cualitativa de esta perspectiva a lo largo de la década de los ochenta.

La influencia del accionalismo se ha sentido en el país, como una perspectiva diferente. Su presencia en una sociología del trabajo en Latinoamérica frustrada en la década de los sesenta, es bien reconocida en Sudamérica. Touraine llegó a México por dos vías. Por el análisis de Zermeño<sup>30</sup> sobre el movimiento estudiantil, el cual no ha tenido realmente continuadores, y por la antropología del trabajo en la década de los setenta. En ésta son ya clásicos los estudios que se aproximan a los tipos de organización profesional de Touraine, y a sus tipos de obreros.<sup>31</sup> Sin embargo, habría que aclarar que en este caso no se adoptó el accionalismo (a diferencia de la investigación mencionada sobre movimiento estudiantil), sino sólo los tipos obreros ideales y no su complejo cuerpo de conceptos, para ubicarlos más bien en un marco marxista de lucha de clases o bien funcionalista.

En las investigaciones de otros movimientos sociales la situación a veces es mejor. Los movimientos campesinos en la década anterior también sufrieron la influencia marxista, pero a diferencia de los movimientos obreros los llevó a complejas discusiones teóricas; por ejemplo, acerca de

<sup>30</sup> Sergio Zermeño, *México una democracia utópica*, México, Siglo XXI, 1976.

<sup>31</sup> Ilan Bizberg y L. Barreza, "La acción obrera en Las Truchas", *Revista Mexicana de Sociología*, v. XLII, n. 4, octubre-diciembre de 1980, y Juan L. Sariago y R. Santana, "Transición tecnológica y resistencia obrera en la minería mexicana", *Cuadernos Políticos*, n. 3, enero-marzo de 1982.

si había un proceso de campenización o descampenización, o sobre el potencial revolucionario de los campesinos. Estos problemas contribuyeron, en algunos casos, a combinar estudios de estructura rural con los de movimiento (situación poco común en los de movimiento obrero). Además, la tradición antropológica indigenista, trasladada al ámbito campesino, ayudó a enriquecer conceptual y empíricamente los estudios. Apareció nuevamente como problema, a diferencia de los de movimiento obrero, la relación entre líder tradicional campesino y base, se aprovecharon conceptos como los de patronazgo y otros poco ortodoxos para el marxismo.

Los trabajos sobre movimientos urbano-populares y electorales son más recientes y también están influidos por las mismas perspectivas que hemos señalado. Los campesinos, por no estar claramente llamados a misiones históricas por los pobladores, han obligado a preguntarse acerca de los alcances de estos movimientos, de su relación con los problemas urbanos (uso del suelo, servicios públicos, etcétera) y con las autoridades gubernamentales (el trámite, la gestión y sus potencialidades transformadoras). Sin embargo:

... el análisis de los procesos urbanos no resulta suficiente para explicar el origen y desarrollo de los movimientos sociales urbanos. No puede dar cuenta de la estructura orgánica, ni de las orientaciones políticas que presentan esos movimientos, ni alcanza a explicar por qué aparecen en determinadas ciudades y no en otras; por qué sufren apogeos y retrocesos en distintas coyunturas.<sup>32</sup>

En conclusión, los estudios sobre movimientos sociales en México (salvo excepciones como las señaladas) han es-

<sup>32</sup> Manuel Pevio y Martha Schteingavt, "Movimientos sociales urbanos en México", *Revista Mexicana de Sociología*, v. LVI, n. 4, octubre-diciembre de 1984, pp. 105-126.

tado sumamente atrasados de las discusiones y teorías en Latinoamérica<sup>33</sup> y en el resto del mundo; sobre todo aquellos sobre movimientos obreros. Recientemente, empieza a aparecer una nueva generación de estudiosos de los movimientos sociales; algunos vinculados a las corrientes teóricas internacionales sobre nuevos movimientos sociales; otros son estudiosos de viejos movimientos, insatisfechos con el análisis cronológico. Esperemos que esta nueva generación ayude a entender lo que la anterior no pudo hacer debido a sus limitaciones teóricas, metodológicas y valorativas.

### HACIA UNA ALTERNATIVA

En América Latina, como señala Zermeño, principalmente en el Cono Sur existe ya una sociología latinoamericana de la pérdida de sentido y de idea de futuro.<sup>34</sup> Al inicio pareció ser el traslado de la discusión posmoderna a un contexto muy poco moderno, después se volvió la sociología de la desesperanza, no ante la sociedad posindustrial que sólo algún despistado puede entrever en América Latina, sino de la pobreza extrema como barbarie y desarticulación. Pareciera que en poco tiempo se transitó, en la década perdida de América Latina y ante la incertidumbre de cómo se podría recuperar el crecimiento, de una sociología de la lucha de clases, a otra de actores con identidades restringidas, y finalmente a una simple pérdida de sentido. Si América Latina recuerda ahora a la Europa del siglo XIX, con sus masas de "lumpen-proletarios marginados", se abren ante ella dos alternativas: la pesimista (los pobres no pue-

<sup>33</sup> En la década de los ochenta en América del Sur surgió una sólida corriente de análisis de los movimientos sociales. Algunas de sus características pueden verse en el capítulo elaborado por Víctor Manuel Durand en este mismo libro.

<sup>34</sup> Sergio Zermeño, "El regreso del líder: crisis neoliberalismo y desorden", *Revista Mexicana de Sociología*, v. LI, n. 4, octubre-diciembre de 1989, pp. 115-168.

den proponerse un proyecto de sociedad más allá de sus particularismos), y la menos pesimista, la cual recordaría que en los movimientos sociales también intervienen las cuestiones estructurales; la pobreza extrema en nuestros países es una de ellas. De estos pobres extremos no es posible extraer un proyecto, pero otros grupos sociales sí pueden, su viabilidad pasará por las capacidades para que lo hagan suyo estas mayorías marginadas. La marginación del siglo XIX en Europa o en Estados Unidos no creó un vacío de futuro, sino que alimentó la lucha de clases. La importancia de discutir con seriedad estos problemas, más allá de estados de ánimo y de modas intelectuales, inspira las siguientes reflexiones.

#### *La fórmula gramsciana*

Los sujetos dan significación a los conflictos en la estructura a través de una visión del mundo. Por tanto, la mediación entre estructura y acción colectiva es subjetiva. No basta entender esta subjetividad como identidad (Melucci dice: "los hombres pueden sentirse identificados sistémicamente y no por ello generar movimientos sociales"), sino que debe implicar una identidad de futuro y de proyecto. Tampoco esto basta si no se transita hacia una voluntad colectiva autónoma.

En esta discusión, los conceptos estructura, subjetividad, identidad y voluntad deben ser problematizados. Primero habría que reconocer que es posible hablar de estructuras en muchos niveles: las relaciones sociales, la cultura y la personalidad. Las relaciones sociales estructuradas, que son pertinentes para el análisis de un sujeto social, tienen que ser descubiertas y pueden ser diferentes para cada uno. Ejemplos de estos espacios parcialmente estructurados serían los de las relaciones de producción (con sus ámbitos de valoración, trabajo, distribución, consumo y reproducción de la fuerza de trabajo), los de las necesidades cultura-

les, los de las relaciones interpersonales, los de la personalidad, los del discurso, los de las representaciones (como órdenes epistemológicos del sentido común), los del espacio urbano, los de las relaciones de género, los ecológicos, los sexuales propiamente dichos, etcétera.

La pertenencia estructural puede reconocer también niveles espacio temporales y de abstracción diferenciados.

El concepto de subjetividad no puede desvincularse de los movimientos sociales (puede hablarse de otros conceptos de subjetividad relacionados con fenómenos diferentes a los movimientos colectivos). Asimismo, lo que nos interesa destacar es la subjetividad como fenómeno colectivo, sus vínculos con las subjetividades individuales, sin ser la primera simple agregado estadístico de la segunda, sino un nivel diferente de pensar lo social, de acuerdo con la mejor tradición de la sociología que viene de Marx, Durkheim, Weber, etcétera.

Una subjetividad acotada tiene relación con el antiguo problema filosófico de la relación entre sujeto y objeto. Su conversión en problema sociológico implica cambiar la pregunta acerca de qué es más determinante, si el sujeto o el objeto, por la de cómo y por cuál proceso el objeto adquiere significado para el sujeto y cómo ese significado puede orientar la acción del segundo; cómo la acción impacta al proceso de significación. En esta problematización el antiguo concepto de conciencia (falsa o verdadera) y del ser, resultan primitivos o, en el mejor de los casos, situados en un nivel poco adecuado para nuestros propósitos.

El proceso de creación de significado pone en juego estructuras diversas que están más allá de lo individual, o mejor dicho "traspasan" a los individuos sin agotarlos, estructuras valorativas, estéticas, de razonamiento y discursivas anteriores al hombre singular en determinada época y espacio. La subjetividad no es la suma de estas estructuras que entran en juego para dar significado.

El proceso de creación de significado posee un carácter plástico, alejado de combinatorias estructuralistas o relaciones sistémicas, aunque estructuras parciales, no necesariamente homogéneas entre sí puedan crearse para dar significado a las situaciones; puede ir desde las percepciones hasta las llamadas concepciones del mundo. Todo esto no es reducible a un problema psicológico individual, porque las estructuras puestas en juego rebasan al individuo, sin ser necesariamente conscientes.

En este punto es conveniente hablar de posibles campos, parcialmente estructurados, que se movilizan en el proceso subjetivo. En particular para aquel proceso subjetivo que más directamente pudiera relacionarse con la conformación de una identidad, una voluntad, y una decisión colectivas para la acción previa a un movimiento social (en el que se reconoce a un mismo oponente, una situación de conflicto, y se esboza un proyecto alternativo al del oponente). En todo esto el reconocimiento de oponentes, conflictos y proyectos puede darse en diferentes niveles de especificidad y de totalidad. La diferencia de niveles más que hablar como Touraine de existencia o inexistencia de un movimiento social, nos remite a su trascendencia.

Algunos de los campos parcialmente estructurados que pueden ponerse en juego en el proceso subjetivo son los siguientes:

-*El campo del conocimiento.* En su interior aparecen preguntas relevantes como: ¿Qué determina externamente la posesión de la información pertinente? ¿Cómo adquiere significado la información para el sujeto? ¿Cómo los significados de la información pueden tomar un carácter colectivo?

-*El campo de los valores.* Al respecto ¿es posible hablar de valores difusos y específicos? ¿Cuáles son sus relaciones? Estos valores pueden no tener un carácter sistémico, sin estar totalmente desarticulados. ¿Es posible

pensar en relaciones entre valores como en “rejilla”, también con la noción de conglomerado? ¿Los valores reconocen una mutación? ¿En qué circunstancias? Asimismo ¿los conglomerados valorativos pueden sufrir entre ellos y a su interior nuevas jerarquizaciones? ¿Qué significaría una función polivalente de un valor o de un conglomerado? ¿Cuáles son los límites de esta polivalencia? ¿Hay valores con funciones no conscientes? ¿Las estructuras valorativas, además de la relación entre lo ambiguo y lo específico, pueden analizarse por estratos? ¿Estratos fosilizados y memorias históricas como en Gramsci?

-*El campo de la personalidad.* Si queremos diferenciarlo de los anteriores, habría que enfocarlo hacia los sentidos emotivos, relacionados con las estructuras estética y de sentimientos. Preguntas semejantes al campo de los valores podrían hacerse para el de la personalidad.

-*El campo del razonamiento cotidiano o de la epistemología del sentido común.* Este campo es el de las formas de como los sujetos hacen inferencias, momento previo a la decisión a la acción o a la pasividad. Ante él ¿cuáles son las “premisas” de las implicaciones del razonamiento cotidiano? ¿Cuál es el vínculo entre “conclusión”, decisión para la acción y la acción misma? ¿Hay estructuras de razonamiento cotidiano histórica y socialmente determinadas, que diferencian a las clases, grupos sociales, etcétera, por épocas y espacios específicos?

-*El campo del discurso.* ¿Es este campo un sintetizador de los anteriores, que no los reduce a él mismo, en cuanto a estructurador del sentido?

Finalmente, el proceso de lo subjetivo no sólo puede movilizar campos parcialmente estructurados como los anteriores, sino que puede poseer un carácter algorítmico relativamente abierto; en el sentido de capacidad para crear

a partir de campos como los anteriores y especificidades no estructuradas, “configuraciones” para cada situación.

Estas configuraciones presuponen que entre los “elementos” movilizados de las estructuras puedan romperse conexiones previas, crearse otras, especificarse los ambiguos, relegarse los específicos, haber rejerarquizaciones o sólo ciertas polivalencias en determinadas circunstancias. Lo anterior no significa que la capacidad subjetiva de creación de configuraciones admita cualquier posibilidad. No hay sujetos fuera de estructuras. Aunque también es cierto que las estructuras no agotan al sujeto y que su “experiencia”, cotidiana o en movimiento social, es fuente importante de reproducción o creación de subjetividad.

Los anteriores campos para la subjetividad y las nociones propuestas para el análisis del proceso de creación de sentido no constituyen una teoría, sólo son posibles conceptos ordenadores (especificados a través de preguntas y no de relaciones hipotéticas entre ellos). Una versión reconstructiva y no hipotética y deductiva del proceso de subjetivización implicaría descubrir los elementos de los campos parcialmente estructurados (anteriores al movimiento social) pertinentes para cada sujeto (los campos propuestos deben ser criticados en cada caso); implicaría relaciones con otras estructuras a través de las experiencias y con los movimientos sociales, cuando éstos se han desencadenado. No todas las configuraciones subjetivas son posibles en toda coyuntura, de tal manera que también se puede hablar de cuál es el espacio de configuraciones subjetivas posibles para determinado sujeto en cierta coyuntura como problema.

Un sujeto, que como en Touraine, se apropia de la historicidad, requiere de una concreción especial de su identidad. En esta medida es posible hablar de diversos niveles de la identidad, de la más ambigua a la más comunitaria. Tampoco la identidad, como la subjetividad, podría manejarse en términos fijos. Dependiendo de las circunstancias, un

elemento de identidad puede jugar funciones diversas, incluso opuestas; habría que rescatar la idea de identidad como *capacidad de formación de ciertas configuraciones*. Una identidad es una configuración específica. La constitución del sujeto práctico puede tener dos efectos sobre dicha identidad: primero su ampliación al extenderse la “rejilla” de identidad, y segundo la rejerarquización (qué rejilla de identidad tiende a ocupar el lugar central). Cabe preguntarse también, la relación entre una configuración central de identidad y las otras; puede haber una relación de asimilación de la rejilla marginal sin desaparecer propiamente, mientras se mantenga la centralidad de la otra rejilla. La configuración de una rejilla consta de elementos antiguos, unos refuncionalizados y otros en creación.

Hay que distinguir entre el aspecto formal de un elemento de identidad, que puede permanecer en la nueva identidad, en su contenido o significación. En cuanto a la significación, se trata de cómo un elemento adquiere un nuevo contenido en función de la nueva rejilla de identidad en creación. Ello implica que la creación de identidad es un proceso contradictorio, pues se empieza a interpretar a los elementos a partir de un “sistema” que depende de éstos y que obviamente no está bien formado. No todas las conexiones y resignificaciones existen previas a la acción colectiva. Las impresiones derivadas de la práctica del movimiento y las racionalizaciones derivadas de las ideologías sistemáticas, no hacen el papel de vaciado y llenado de identidad, sino el de proporcionar puntos de aglutinamiento de elementos de identidad ambiguos que existían previamente; es decir, establecer jerarquías, y resaltar puntos de unión entre los elementos.

La identidad no se forma a secas en el movimiento, aunque el movimiento sea indispensable para una identidad asociada al movimiento colectivo mismo. Aspectos formales o ambiguos de identidad previos existían derivados de prácticas cotidianas y en relación con aspectos estructura-

les diversos, dependiendo del sujeto en cuestión. Ni la estructura determina linealmente la identidad, ni el movimiento actúa en un vacío. Además, las contribuciones de la estructura y del movimiento a la identidad no son como simples yuxtaposiciones o suma de elementos, sino una relación de especificación (de lo ambiguo a lo específico) y de recreación de la identidad.

No basta con poseer una identidad específica para que ésta se vuelva acción colectiva, inclusive, la identidad específica es función del mismo movimiento, aunque el movimiento inicial tiene también sus requisitos.

Un movimiento necesita de un punto de ignición, un agravio sentido colectivamente, una injusticia evidente, una acción del otro, "flagrantemente ilegítima". El otro puede tomar la forma de un sujeto concreto o ser una situación social más ambigua, que permita encontrar con facilidad responsables. Agravios, injusticias socialmente sentidas, ilegitimidad que causa indignación social, adquieren significación inicialmente en función de identidades ambiguas, no derivadas todavía del movimiento, sino de situaciones y prácticas cotidianas. El segundo requisito es la comunicación: si un punto de ignición no cuenta con canales de comunicación ágiles, la acción colectiva puede no producirse y quedar en la indignación individual. El tercer requisito es la organización, no necesariamente previa, sino la organización como canal de interacción grupal, de los fenómenos que empiezan a encadenarse de influencias, creación de mitos, maniqueísmos, que llevan a la identificación de enemigos y al proceso propiamente dicho, de impacto del movimiento sobre la identidad.

El proyecto no aparece de inmediato, el chispazo inicial es de reacción al otro. La identidad tendrá no sólo que especificarse para pensar en un sujeto constituido, sino convertirse en proyecto "idéntico". En este sentido, los proyectos de los sujetos así como sus identidades, pueden ser de niveles diversos, social, temporal y espacialmente. Los ha-

brá de tipo revolucionario (que no significa esencialmente violencia física), como Touraine, que traten de apoderarse del sentido del cambio histórico como totalidad (totalidad no como el todo sino aspectos centrales de éste, tales como el patrón de desarrollo económico, político o cultural). Estos sujetos sólo aparecen en circunstancias muy especiales y no son frecuentes en la historia. Pero de esta situación extrema a los pequeños sujetos de identidades limitadas puede haber toda una escala, según las pretensiones del proyecto o de su viabilidad. Vinculado con la pretensión y la viabilidad de los proyectos, también se puede hablar de una escala de los sujetos y proyectos de lo subordinado a lo autónomo. De la misma forma, cabría preguntarse si en ocasiones los sujetos no pueden entrar en alianzas y éstas, implicar hegemonías de unos sujetos sobre otros.

Profundicemos el concepto de hegemonía de un sujeto. Para sujetos concretos, esta hegemonía no puede derivarse solamente de situaciones estructurales, porque las identidades autónomas no dependen sólo de ellas, sino que se construyen. La capacidad de hegemonía, es la de influir en la reconfiguración de las identidades de los otros a partir de una configuración que parece más fuerte y atractiva, más viable. Es capacidad de identidad de los amigos, del enemigo y del proyecto. Como en los sujetos aislados, esta interpretación de subjetividades no logra sólo las ideologías ni las organizaciones, también juegan un papel las impresiones que se derivan de las acciones de los individuos comunes, como parte de los sujetos, y las comunicaciones difusas, paralelas a las oficiales organizativas. La hegemonía no es simple subordinación de un proyecto y una identidad con otro, es sobre todo interpenetración con dominancia. Así como una identidad no se forja en el vacío, sino que depende de estructuras anteriores y de prácticas cotidianas, las posibilidades de hegemonía tampoco son totalmente libres. Las condiciones de los "presujetos" (previos a los movimientos) influyen sobre las posibilidades de su acoplamiento.

to. Mejor dicho, las condiciones anteriores dan un espacio inicial de posibilidades para la constitución de identidades y hegemonías; pero este espacio es variable, en función del propio movimiento y en esta medida, las hegemonías no pueden definirse *a priori*, a lo sumo, como potencialidades que podrán o no cumplirse en la coyuntura.

Todo esto conduce a los sujetos con potencial viable y a la hegemonía. Si condiciones previas a la conformación de movimientos colectivos potencian el surgimiento de un sujeto, si ellas están diferenciadas entre los posibles sujetos, y si la viabilidad no sólo depende de la voluntad, luego, no todos los "cortes sociales" tienen las mismas posibilidades de transformarse en sujetos en cualquier coyuntura.

Asimismo, no todos poseen las mismas posibilidades hegemónicas con respecto a otros sujetos. Si la construcción de un espacio de posibilidades de constitución de un sujeto y de hegemonías supone la intervención de niveles de abstracción de la realidad, en esta medida también se puede hablar de potencialidades, abstractas o concretas, para el surgimiento de un sujeto o de hegemonías. Las potencialidades concretas evidentemente, no pueden ser deducidas de simples ubicaciones en estructuras, en particular de las económicas, pero tampoco se puede descartar *a priori* que éstas no intervengan, junto a otras, en la conformación de dichos espacios de posibilidades.

El problema de la viabilidad de un sujeto y su proyecto no depende sólo de la fortaleza de la identidad, ni siquiera de la intensidad de la voluntad colectiva autónoma, pues sobre la generación de ésta influyen tres grandes espacios: el de las experiencias inmediatas de los posibles sujetos (variables, dependiendo del sujeto), los futuros espacios del movimiento colectivo y una serie de espacios extraexperimentales, que acotan también la viabilidad de los sujetos y sus proyectos, y "presionan", con mediaciones diversas, sobre los espacios de experiencia directa. Por lo tanto, con respecto a los sujetos en una coyuntura, cabe preguntarse

sobre la viabilidad, del surgimiento de esa voluntad colectiva autónoma, en cuanto a sus objetivos posibles.

Un concepto que juega entre subjetividad-identidad y acción es el de voluntad colectiva. No necesariamente se da en forma consecutiva, sino una junto a otra, con desfases y sincronizaciones diversas. De cualquier manera, la voluntad colectiva, como el sujeto y la identidad, también puede reconocer niveles de decisión para la acción colectiva. Requiere en sus inicios un umbral de identidad en combinación con un punto de ignición y posiblemente un catalizador (un elemento que sin ser central, contribuya a acelerar la reacción para decidir actuar colectivamente).

Un problema en la construcción de esa voluntad colectiva es el de la decisión. El escape del situacionismo no debería implicar la negación de que las estructuras condicionan y presionan de manera ambigua, ni conducir a pensar que las construcciones de identidades y voluntades colectivas, parten de cero con el inicio del movimiento. La construcción de una decisión da inicio al movimiento, al mismo tiempo que comienza un proceso complejo de reconfiguración, como hemos explicado, para la identidad; pero este proceso puede ser analizado a partir de un conocimiento y sobre todo una forma de razonamiento de elementos valorativos (cultura e ideologías) y emotivos (estructuras de personalidad), que puedan transformarse durante el movimiento, pero que parten de estructuras preexistentes. Sobre estas estructuras preexistentes del conocimiento, de los valores y de la personalidad, cabe subrayar su carácter de "rejilla de especificación"<sup>35</sup> con heterogeneidades, con contradicciones y relaciones de reconfiguración, mimetismo y plasticidad. Creer que el movimiento hace de ellos un "borrón y cuenta nueva", es la reedición de la teoría del partido de Lenin y de la eliminación de falsas conciencias.

<sup>35</sup> En el sentido de Foucault.

La construcción de la subjetividad y, con ello, la construcción del sujeto, es posible porque las significaciones de los elementos de esa subjetividad (elementos del conocimiento, valorativos o de la personalidad) no tienen conexiones necesarias, ni forman entre todos un sistema perfectamente integrado; éstos admiten las reconfiguraciones con funciones diferentes a las del programa específico. Es decir, en sentido algorítmico y de creación de la configuración, que permite dar significación a cada situación concreta, aunque para situaciones muy alejadas de las prácticas y el conocimiento, no siempre se pueden generar estas configuraciones o tomar la forma de configuraciones con fuerte dosis de incertidumbre para el sujeto.

En periodos de prácticas rutinarias, las reconfiguraciones pueden moverse dentro de patrones generales que orientan las decisiones, pero durante los movimientos, estos patrones pueden romperse, con sus respectivas asimilaciones y reacomodos. No puede llegarse a un solo sistema de subjetividad, sino a "sistemas" parciales, discontinuos, heterogéneos y contradictorios. El proceso de constitución de la decisión no implica solamente poner en juego "estructuras subjetivas" preexistentes para nuevas situaciones, sino su reconstrucción y en particular (junto a una idea de futuro), la convicción del sujeto de que en la relación medios-fines, los fines no son los que se le imponían desde la sociedad, ni los medios legítimos son los mismos y sobre todo, que en esta relación la acción colectiva es el medio principal para conseguir los fines.

Sin duda, el problema central es metodológico. Una alternativa consiste en proponer un modelo teórico (conceptos en proposiciones formando un sistema deductivo) de cómo se constituyen los sujetos; o bien como Touraine, una tipología de sujetos y sus atributos con el parámetro de la historicidad. El problema también puede definirse de otra manera, no por como se constituyen los sujetos en general (tal vez en general habría poco qué decir), sino cuál es el es-

pacio de posibilidades para que un sujeto determinado emerge (esto sin menoscabo del análisis concreto del proceso de formación de un sujeto ya constituido). El cambio en el problema implica una primera acotación espacial y temporal y en consecuencia, la adopción del concepto "espacio de posibilidades" (esta pregunta puede ser establecida en cualquier momento de la constitución del sujeto en cuanto a sus posibilidades de apropiarse de historicidades).<sup>36</sup>

Como señalábamos antes, la respuesta puede seguir el camino del modelo teórico (ante la diversidad de sujetos y sus determinantes, es posible que sólo pudiera tomar la forma de un modelo muy general incapaz de explicar lo concreto), o bien, tratar de reconstruir ese espacio de posibilidades. Sobre este espacio pueden influir subespacios de experiencia directa (sobre todo las subjetividades pre-existentes), junto a otros no directamente de experiencia y los que se derivan del propio movimiento. Todos estos espacios no pueden tener *a priori* una definición para todos los sujetos; su especificación y los conceptos pertinentes para cada subespacio, dependerán del sujeto a considerar, de su tiempo y espacio. Cuando al problema se le imprime dinamismo y además se quiere captar cómo el sujeto se ha ido constituyendo, adquiere especial importancia el campo de reconfiguración de la subjetividad, con categorías ordenadoras como identidad, campos de la subjetividad, resignificación, asimilación, rejerarquización, idea de futuro, amigos, enemigos, proyecto, relación medios-fines en el proyecto y el proceso de significación de estas categorías antes del movimiento y durante el movimiento. Adquiere relevancia la relación de estos contenidos, primero con estructuras y posteriormente con su independencia relativa, no en el sentido de abandono total sino de transformación

<sup>36</sup> Hugo Zemelman, *Uso crítico de la teoría*, México, El Colegio de México, 1984. Enrique de la Garza, *El método del concreto abstracto concreto*, UAM-I, 1984; *Hacia una metodología de la reconstrucción*, UNAM-Porrúa, 1987.

y resignificación, hasta la recreación en función del propio movimiento. Este proceso puede periodizarse sin reducirlo a los cortes en función de los grandes acontecimientos colectivos o las relaciones de fuerzas, sino también de las transformaciones del sujeto, de su subjetividad (identidad, voluntad colectiva por niveles), que puede o no coincidir con aquéllas.

Todos los sujetos sociales ponen en juego estructuras; no hay hombres singulares al margen de las estructuras, éstas no determinan sino que presionan, acotan espacios y pueden ser modificadas a través de la acción. En una estrategia de reconstrucción, el concepto de sujeto no puede tener un contenido teórico predefinido antes de la investigación; será, por el contrario, un concepto heurístico, en tanto guía para descubrir articulaciones entre niveles de la realidad, niveles de abstracción, en campos diversos dependiendo del espacio y del tiempo. Un concepto heurístico de sujeto no puede ser, por tanto, un modelo, ni una tipología; es la búsqueda de relaciones concretas entre estructuras de experiencias del movimiento, junto al proceso de subjetivización. En el proceso de reconstrucción de las articulaciones pertinentes, el concepto concreto de sujeto se llenará de contenido, pero este contenido deberá ser criticado y reformulado en investigaciones sucesivas. En esta perspectiva, lo general no se anula en aras de lo particular, pero aquél deberá ser sometido a la crítica reconstructiva permanente en cada investigación, privilegiándose el aspecto heurístico del concepto de sujeto sobre el teórico sustantivo.

La construcción del sujeto en la realidad obliga a la reconstrucción conceptual al interior de su subjetividad; a la reconstrucción de conceptos y de sus relaciones en una estrategia no de prueba de hipótesis *a priori*, sino de relación reconstructiva entre lo abstracto y lo concreto en el pensamiento. En una perspectiva así, situacionismo o voluntad pueden combinarse sin reduccionismos estructuralistas ni

voluntaristas, en una nueva perspectiva de análisis de los sujetos sociales.

Los análisis de sujetos concretos en México durante la década de los ochenta que se presentan en este libro, con perspectivas de análisis muy diversas, esperan contribuir a este debate.